

[www.elboomeran.com](http://www.elboomeran.com)

**Maximiliano Barrientos**  
**LA DESAPARICIÓN**  
**DEL PAISAJE**

**EDITORIAL PERIFÉRICA**

PRIMERA EDICIÓN: febrero de 2015

© Maximiliano Barrientos, 2015  
© de esta edición, Editorial Periférica, 2015  
Apartado de Correos 293. Cáceres 10.001  
[info@editorialperiferica.com](mailto:info@editorialperiferica.com)  
[www.editorialperiferica.com](http://www.editorialperiferica.com)

ISBN: 978-84-16291-04-5

DEPÓSITO LEGAL: CC-351-2014

IMPRESIÓN: KADMOS

IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

El editor autoriza la reproducción de este libro, total o parcialmente, por cualquier medio, actual o futuro, siempre y cuando sea para uso personal y no con fines comerciales.

*a mis padres  
Ángel, Silvia*

*a Soneca*

*We wouldn't change this thing even if we could somehow  
Cause the darkness of this house has got the best of us  
There's a darkness in this town that's got us too*

BRUCE SPRINGSTEEN

*Hagamos un minuto de abstinencia  
en memoria del Héroe del Silencio*

JULIO BARRIGA





Cuando estaba perdido en Estados Unidos soñaba con mi padre. Él era un niño que me mostraba peces de colores en un acuario, los señalaba con un dedo hasta que eran consumidos por la luz.





15 DE AGOSTO DE 1987

LA TARDE

*la luz adquiere densidad en su pelo mojado, toco  
la luz al tocar su pelo  
digo al tocar tu pelo toco la luz  
mi mujer no entiende de qué hablo, sigue fro-  
tándose la cabeza con la toalla  
digo vení aquí  
no no no no  
vení puej  
no ya te dije que no no aquí  
arisca, seria, pero es una seriedad fingida  
digo los pelaos no están así que no sé por qué  
estás tan pudorosa  
quedate ahí no ahora no aquí  
va hasta la ventana pa verlos jugar en el jardín  
digo vení un ratingo no te hagás de rogar  
la abrazo, me aparta, ríe  
toda ella huele a jabón, ese olor ahora está en  
mis dedos  
sus ojos me llenan la cabeza de resplandores  
todo amontonado en sus ojos  
lo que vio, lo que se hizo pedazos*

*lo que sobrevivió y se convirtió en recuerdos  
digo todo amontonado en tus ojos  
me da la espalda y camina descalza dejando mar-  
cas de agua en el piso porque recién ha salido de la  
ducha*

*salgo a la tarde, me siento en el pasto, el sudor  
escurre por mi cuello*

*el calor me vence, me hace viejo, acumula tiem-  
po en mi cuerpo y lo esparce por los huesos*

*digo Duque*

*y Vitor que hasta hace un minuto jugaba con el  
perro y con Fabia, se queda quieto dándome la es-  
palda, atento a lo que voy a decir a continuación*

*digo Duque venga aquí*

*el animal levanta la cabeza y se aproxima mo-  
viendo la cola, se sienta a mi lado, me lame las manos  
mi hijo me mira*

*digo cuándo es el juego*

*el martes*

*van a ganar*

*no*

*van a ganar carajo no me vengás con marico-  
nadas ahora*

*son mejores que nosotros*

*el sudor en mi cuello se pega en la camisa, el sol  
es grotesco en lo alto, los rayos se transforman en  
transpiración, en olores concretos*

*cuando la luz se estrella en los ojos de Fabia le  
cambia la configuración de sus pupilas, cambia esos  
colores ahí dentro, cambia algo para siempre, los  
ojos de mi hija nunca vuelven a ser los mismos des-  
pués de un tiempo*

*digo tu tío va a venir ya nomás pa que celebremos*

*señalo la casa que acabamos de comprar*

*Vitor mira y se queda callado, procesa el nuevo  
lugar en su cabeza, se lo apropia*

*digo aquí vamos a tener muchos perros*

*recuerdo a Susana mirándome a los ojos con die-  
ciséis años*

*la tocaba*

*dije si hundo un dedo en tu barriga podría atra-  
vesarla como gelatina*

*me miraba nerviosa, recostada en la cama*

*dije podría hacerlo*

*no se movía, esperaba que callara y que entrara  
y desordenara, que dejara algo mío adentro, que  
la impregnara con lo que no era únicamente soledad y deseo*

*prolongaba el momento, recorría con los dedos  
la piel de su barriga, hurgaba un cuerpo virgen que  
nadie había estropeado*

*pasaba un dedo por su vientre, lo bajaba hasta  
el principio del pubis*

*bordeaba la humedad*

*el miedo concentrado en su clítoris  
dije si hubiera luz podría verte si hubiera la sufi-  
ciente luz podría recordar*

*no con dieciséis, no desnuda y virgen, no esa Su-  
sana tan joven y asustada, sino mi mujer de veinti-  
siete años, madre de dos ya, me mira desde una de  
las ventanas de la casa que acabamos de comprar  
sin saber la clase de memoria que albergo, las par-  
tes de ella que reconstruyo con la fantasía*

*lleva un dedo a sus labios, indecisa  
la miro, no puedo dejar de mirarla  
sale al jardín, da unos pasos hasta donde está  
Fabia, la alza, besa su cuello porque la niña acaba  
de caerse y está a punto de ponerse a llorar*

*la luz del sol se cristaliza en pedacitos de hielo  
que se adhieren en todos mis órganos*

*corazón*

*pulmones*

*hígado*

*todos llenos de hielo*

*de lo que un momento atrás fue luz*

*la belleza de mi mujer y de mi hija es un conte-  
nido dudoso que se extingue en la luz de la tarde  
algo maleable*

*la ensucio hablándoles desde tan cerca.*



Abracé a María y miré las sillas del living y me di cuenta de que fue en una de éstas: allí encontró muerto a mi padre una mañana de 2003.

Tu cuarto está igualingo, llevá tus cosas y luego pasate por aquí pa que comamos algo, dijo.

No quiero que le digás a Fabia que volví.

Dejá tus cosas y luego pasate por aquí, voy a preparar un majao, seguro que hace siglos que no lo comés.

Voy a ir a ver a mi hermana, dije, sólo que no ahora.

No hay prisa, andá, acomodate y después almorzamos. Debés estar muriéndote de hambre.

Tomé mis cosas y entré en el que había sido mi cuarto cuando era niño. La casa estaba bien preservada, no había marcas de humedad en las paredes, no había cáscaras de pintura cayéndose a pedazos, no había termitas en la madera. Recostado en la cama de una plaza escuché a María toser y mover trastos, acomodar platos y cocinar, hacer lo que siempre hacía, como si ese día no fuera diferente a

otros. Cerré los ojos y quise que el sueño llegara, que borrara todo por unas horas.

La primera tarde de mi regreso a Santa Cruz, cuando María se fue a hacer las compras de la semana, ingresé en su habitación, revisé las cosas de mi padre. Todavía conservaba su ropa en los estantes del closet, no la había regalado. También había botellas con restos de whisky en los lugares donde solía esconderlas. Las destapé y olí. Olían a mi padre. Murió de un infarto. María llamó a Chicago y me dio la noticia, hacía dos años que no hablaba con él porque habíamos tenido una discusión estúpida. Dijo que lo había encontrado muerto una mañana en la cocina. Dijo que mi padre parecía dormido pero que ella al verlo supo que estaba muerto. Yo tenía veintiuno y hacía quince meses que había llegado a la ciudad de los vientos. No fui al entierro, sino que me quedé en Estados Unidos y no hablé de su muerte con nadie. No volví a hablar más con María hasta una semana antes de mi regreso, casi diez años después de recibir la noticia del fallecimiento de mi padre.

Me recosté en la cama y permanecí allí durante unas horas hasta que María me encontró dormido. Cargaba bolsas del supermercado. Pronunció mi nombre. Me puse de pie y pedí disculpas.

No importa, dijo.



Vi su ropa, no la regalaste.  
No tengo por qué hacerlo, no me molesta.  
Y las botellas.  
No importa, repitió.  
¿Al final seguía bebiendo tanto?  
Bebía, pero ya no peleaba. Estaba viejo.  
Al ver que me callaba, dijo:  
¿Por qué no te la probás? Seguro que te queda,  
tienen el mismo tamaño.

Su ropa y las botellas quedaron. Los zapatos que usó, las billeteras, los encendedores, la máquina con la que se afeitaba. Cosas que podían ser amontonadas, coleccionadas, metidas en un baúl. Lo mismo sucedió cuando mi madre murió en 1989, cuando yo tenía nueve y Fabia seis.

Horas más tarde, ya bien entrada la noche, no podía dormir. Entré en el cuarto de María, me senté en una silla frente a su cama. Ella respiraba con dificultad por todos los cigarros que fumaba. La observé sin despertarla: la boca estaba entreabierta, las arrugas bordeaban sus ojos. Se ahogó pero luego volvió a respirar sin dificultad, por los movimientos continuos de sus labios se podía deducir que sus sueños eran violentos. Acerqué mi cara y sentí su respiración, el aire caliente que exhalaba. La saliva se escurrió por una de las comisuras y manchó la almohada. Había una fiesta en una de las casas del

barrio. Las canciones llegaban apagadas hasta el dormitorio de María, hasta el dormitorio que muchos años atrás también había sido el de mi madre. Observé por la ventana los autos estacionados en la calle. Las risas de toda aquella gente se mezclaron con las voces de los cantantes mexicanos de cumbias que siempre cantaban sobre amores no correspondidos, amores que acababan mal, amores perdidos.

¿Qué pasa?, dijo. ¿Qué sucede?

María se acomodó el pelo. Me miró sin entender qué hacía en su cuarto. Todavía anestesiada por el sueño, buscó mis ojos.

Alberto pidió dos whiskies más y luego se volteó y me miró como si quisiera unir piezas rotas, reconstruir el rostro que tuve. Unas horas antes había ido a buscarlo al pequeño departamento donde vivía con su mujer. Al abrir la puerta tardó algunos segundos en reconocermme, ya habíamos hablado por teléfono pero aun así le costó digerir el tenerme enfrente luego de tantos años. Su mujer trabajaba en una computadora. Alberto no explicó nada, no dijo quién era yo. Dijo que saldría y que llegaría tarde. Entramos en su taxi, ese día no trabajaba. Fuimos a Fuga, un bar que frecuentábamos en los tiempos del colegio y al principio de la universidad, y que conservaba la misma decoración de entonces, pero envejecida.

Nadie murió, dijo de pronto. Los del curso se casaron, tuvieron hijos, se divorciaron. Todos tienen trabajos en oficinas, en hospitales, abrieron sus propios negocios, pero ninguno murió.

Apoyó los codos en la barra. La última vez que lo vi tenía diecinueve. Ahora, con treinta y dos,

parecía el mismo de entonces, no había grandes distancias entre el adolescente y el adulto. Los años no lo habían consumido, fueron buenos con él, se acumularon en su cuerpo sin dejar grandes desórdenes. Las ojeras estaban más acentuadas, la barba más tupida, pero el pelo seguía firme, sin indicios de calvicie. No había engordado, seguramente podía usar los mismos pantalones de aquella época. Los ojos, más distantes, fríos, eran lo único diferente, lucían apagados.

Richard, cuando acabamos el whisky, rellenó los vasos. Tocó un hombro de Alberto y dijo:

Dejá nomás, éstos los invito yo. Hace harto que no te veía por aquí.

Alberto agradeció.

Antes de que me fuera a Estados Unidos en un viaje de un año que al final se convirtió en uno de doce, estudiaba medicina. Alberto se matriculó en derecho, pero al igual que yo, no acabó lo que empezó.

En el bar sonaban viejas canciones de los 80, canciones que cuando llegamos a ellas ya eran viejas, pertenecían a otra generación, pero las hicimos nuestras, las adoptamos como himnos de una guerra sosa que cada quien peleó a solas. Santa Cruz se quedó quieta en esos años, en ese clima de glamour y de soledad camuflada con coca y fiestas. Guns N'Roses y Metallica, Journey y Whitesnake sonaban sin

interrupción, como si el bar, como si Santa Cruz entera, fuera un museo de canciones que en otra parte, en las ciudades de verdad, ya no escuchaba nadie.

No se acuerda de vos, dijo señalando a Richard.

El dueño del bar era un hombre grueso, de unos cuarenta y ocho, que cuando pasábamos las noches bebiendo en aquel sitio tenía unos años más que nosotros ahora y que atendía el bar acompañado de su esposa, una mujer callada que se pasaba todo el rato resolviendo crucigramas sentada detrás de la barra. En la mejor época nos fiaba el trago, pero una vez Roly fue acompañado de otras personas, consumió una cuenta altísima, la puso a nuestro nombre y se perdió.

Richard lo buscó en su casa, en la universidad donde estudiaba, en los bares de la zona. Nos llamó por teléfono para preguntarnos por su paradero, pero Roly había desaparecido, se escondía en casa de sus amigos porque sabía que lo andaban buscando. La mujer de Richard había tenido un embarazo ectópico y los riesgos eran altos, él decía que podía morir si no la operaban. Necesitaba dinero, ya que se había endeudado hasta el cuello. Tuvíamos que pagarle, y cuando interpelamos a Roly unos días más tarde dijo que Richard exageraba, que se había inventado aquella historia para que nos ablandáramos.